



TRABAJO E IDEOLOGÍA DE GÉNERO EN LA PRODUCCIÓN DOMÉSTICA ¹

Encarnación Aguilar Criado

El objetivo de este artículo es analizar la especificidad de organización de la producción doméstica. Nuestro análisis trata de demostrar cómo la ideología del género, de la familia, así como las relaciones de vecindad son importantes elementos en la organización de estos procesos productivos, que explican la eficiencia y el dinamismo actual de estas formas de producción en contextos económicos diferentes, en la medida que tales relaciones sociales están modelando las relaciones económicas de producción. La organización doméstica de este tipo de producción es un elemento central para explicar la organización y el desarrollo actual de estas formas de producción en sociedades capitalistas, como es el caso que hemos analizado en detalle: la producción de artesanías rurales en Andalucía (España).

El propósito de este artículo es analizar la lógica social bajo la que se organiza una forma productiva específica: *la producción doméstica*. En primer lugar hemos profundizado en la relación entre trabajo e ideología del género, pues entendemos que la utilización eficiente de la construcción del género, y por extensión de las relaciones de parentesco y de vecindad es un factor que modela la estructura económica de estos procesos de trabajo.

A partir de un caso concreto de producción doméstica de artesanías, como es el bordado de mantones de Manila,² en Andalucía, hemos intentando plantear el modo concreto en el que se articulan unos y otros factores, los nacidos de las determinaciones económicas, sociales e ideológicas de los grupos sociales que participan en este tipo de producción doméstica, como los derivados de su dependencia con la lógica dominante del sistema económico en el que dichos grupos están inmersos, lo que han propiciado su organización actual como economía sumergida.

Procesos de trabajo y género

Las categorías de género forman parte de las construcciones culturales, que realiza toda sociedad a partir de las diferencias objetivas del sexo (Strathern

¹ Este trabajo ha sido subvencionado por los proyectos de investigación: "Territorio, Recursos y Política de Desarrollo Local", Plan Propio de Investigación de la Universidad de Sevilla (28441131-98-191), y "El Patrimonio como Factor de Desarrollo: Una Propuesta de Actuación", DIGYCIT Ministerio de Educación y Cultura (P.B. 97-0708).

² El mantón de Manila es una pieza de tela cuadrada, en su origen de seda natural, conocida popularmente como *manila* – originariamente los mantones se importaban desde China a través de Manila, de ahí el nombre de esta prenda que llegó a ser muy popular a partir del siglo XIX (cf. más adelante).



Encarnación Aguilar Criado

1979). Y a pesar de que éstas últimas, en parte, son también definidas por cada cultura, como muchos antropólogos han demostrado (Caplan 1987, Ross y Rapp 1984), lo cierto es que su base fisiológica proporciona la materia prima a partir de la cual se desarrollan las del género.

Como toda construcción social, la categoría de género, se transforma históricamente a medida que lo hace el contexto socioeconómico en que apareció (Comas d'Argemir 1990). Ésto es así, porque forma parte de los elementos ideológicos de reproducción social de todo modo de producción, y como tal, debe ser transmitido a las siguientes generaciones, mediante un proceso de socialización, que se lleva a cabo en nuestra sociedad a través de la familia fundamentalmente y, subsidiariamente, en otros espacios sociales.

Una vez que tales principios son elaborados y asumidos por los individuos, actúan sobre los comportamientos, las valoraciones y las interpretaciones que cada sociedad posee. Se instituye así un proceso que conformará la propia identidad femenina o masculina, mediante una selección efectiva de aquellos elementos culturales que se consideran socialmente como los más adecuados, respectivamente. Estos mecanismos, que influyen en todas las esferas de la vida de cada sujeto, se manifiestan, por lo que al mundo de la producción se refiere, modelando un aprendizaje selectivo que irá adiestrando a ambos sexos en el ejercicio de tareas que, desde esos momentos, se adscribirán a cada género, y que por tanto, quedarán masculinizadas o feminizadas, y desde entonces, unidas a elementos que se consideran innatos de cada uno de ellos. En general, podemos afirmar que, todas aquellas actividades caracterizadas por la necesidad de un mayor esfuerzo físico, de ejercicio de determinadas cualidades de mando y decisiones irán unidas al hombre, reservando, para la mujer, todas aquellas en las que la destreza, la habilidad y la paciencia son fundamentales. Es a partir de entonces cuando tales trabajos serán percibidos y asumidos por los propios protagonistas como "más propios de hombres" o "más propios de mujeres".

Las ideologías de género condicionarán así el modo en que se desarrollan las respectivas inserciones laborales, porque tales principios inducirán a una cualificación técnica que explica la posterior naturaleza de la participación en el mundo productivo, los sectores concretos en los que ésta se realiza, así como las distintas posiciones dentro de la estratificación laboral, modelando, finalmente, la composición de los mercados de trabajo.

El género marcará pues la participación laboral de la mujer, no sólo conduciéndola de forma preferente hacia determinados sectores de la producción, sino influyendo en el modo como se efectúa tal inserción, determinado su ausencia, continuidad o intermitencia en dichos procesos productivos. Las trayectorias laborales de las mujeres se adecuan así a los ciclos vitales femeninos dentro de su grupo (Borderías 1991). Éstos estarán, a su vez determinados por sus sucesivas posiciones dentro de los mismos:



como hijas, solteras, madres casadas, o viudas, lo que tenderá a condicionar la necesidad, permanencia o su retirada del mundo laboral. El trabajo como opción se convierte en una característica que puede presentarse en las mujeres, algo indudablemente ajeno a la naturaleza misma de ser hombre, para quienes, por contra su continua disponibilidad para el trabajo constituye uno de los elementos sobre los que descansa la construcción social de la *masculinidad*.

El concepto de *opcionalidad* (Narotzky 1988) será otro de los elementos teóricos fundamentales en todo análisis del trabajo de la mujer. Se trata en realidad de un concepto que se construye en relación a la función femenina prevalente en el ámbito doméstico, en la medida que ésta modela la forma y el modo en que se realiza su misma inserción laboral.

Nos situamos entonces en el nivel de la propia valoración del trabajo y de la percepción del mismo por parte de las mujeres. Es indudable el hecho de que al desarrollarse muchas de estas actividades laborales dentro de la misma esfera doméstica, contribuye a acrecentar una posición socialmente aceptada, de la que participan las propias mujeres. La fuerza de tal construcción contiene implícita la premisa, bien de negación de la actividad productiva aunque ésta se ejecute, bien de su reconocimiento bajo la consideración de *ayuda*. Nos referimos a los casos de mujeres campesinas que realizan cotidianamente determinadas tareas en la misma explotación agrícola familiar, sin que tal actividad sea entendida como un trabajo sino como una más de sus dedicaciones a su grupo doméstico; o bien el de aquellas otras que ejercen distintas formas de trabajo a domicilio, características de la economía sumergida, y por ello tienden a percibir la actividad y sus ingresos como complementarios a los de sus maridos, tal y como más adelante tendremos ocasión de analizar en profundidad.

Hombres y mujeres adecuan sus comportamientos a un modelo ideal dominante que percibe el trabajo femenino como coyuntural, como un paréntesis o una obligación temporal con que cubrir alguna necesidad económica, familiar o personal. Algo que no puede, ni debe entrar en contradicción con sus obligaciones hacia su grupo, por oposición al caso masculino, sobre el que recae, como inherente a su propia condición de hombre, la aportación de los ingresos continuos y permanentes para el mantenimiento y la supervivencia de la familia.

Es así como podemos afirmar que el mercado de trabajo está sexuado, queremos decir con ello que, el hecho de pertenecer a uno u otro género se incorporará como elemento clasificador en la participación de los individuos dentro del mismo. La pertenencia a una u otra clase social, o a un grupo étnico u otro serán los otros dos componentes fundamentales que actuarán en la estructuración selectiva de dichos mercados. Y ello es así, porque cualquiera de estos elementos condicionará el distinto acceso a conoci-



Encarnación Aguilar Criado

mientos, recursos y potencialidades de acceso a los mismos, que terminarán por materializarse en la jerarquización laboral y en la composición diferencial de los mercados de trabajo.

Género, clase y etnia se convierten así en los tres elementos sustantivos de las desigualdades sociales, y en nuestro caso de la desigualdad laboral. No pensemos por tanto que la posición de los individuos es resultado de su papel secundario en el mundo laboral, sino justamente al contrario, es la existencia previa de estas desigualdades sociales la que se utiliza como materia prima para fundamentar las posiciones desiguales de éstos en la producción, para dotarlos de unas u otras cualificaciones, para insertarlos en unos u otros sectores y para situarlos en distintos puestos con funciones y especialización técnica concretas. Esta nos parece una cuestión importante que explica además que la división del trabajo no cree relaciones sociales, sino que son las relaciones sociales existentes las que se concretan en determinadas maneras del repartir el trabajo (Comas d'Argemir 1995: 34). Pensemos por tanto que tales premisas explican la distinta inserción de los trabajadores de unas clases sociales u otras en las actividades productivas, la desigual incorporación de emigrantes, de etnias, dentro de los mercados laborales, o finalmente las características y la naturaleza con las que hombres y mujeres se suman al mundo de la producción. El mercado laboral está por tanto no sólo dividido por categorías de género, sino de clase y étnicas, pues son tales principios clasificatorios los que terminan por segmentar a los trabajadores dentro de los mismos. Las construcciones de género cumplen así su última función, forman la materia prima de la segregación laboral, potenciadas por el modo de producción dominante y aprovechadas, junto a las de clase y etnia, como base de una segmentación laboral.³

Los supuestos hasta aquí enunciados nos permiten acceder a la contradicción profunda existente entre el modelo idealmente construido y la constatación innegable de que muchas mujeres, fundamentalmente las pertenecientes a familias obreras, han tenido que trabajar siempre por necesidades económicas. Es indudable que la participación laboral femenina ha sido un hecho constante y no tan reciente como se nos repite en exceso y continuamente, pero es verdad también que la fuerza de esa imagen creada ha modelado las características, las formas y el modo de cómo se ha llevado a cabo esa incorporación femenina al mundo productivo. Y ello porque dicha incorporación se ha realizado en unas condiciones laborales y en unos

³ Otros elementos como la edad provocan una selección en cuanto a las posibilidades de acceso al trabajo, pero su importancia es secundaria, en la medida que no se trata de un componente estructural, sino coyuntural y como tal, puntual y pasajero, que se debe a la misma saturación y composición de los mercados de trabajo en los países de pleno capitalismo. Pero es evidente, que se trata de una situación no permanente, cambiante a largo plazo, en tanto los jóvenes consigan abrirse camino con su cualificación, ésta sí que estará previamente determinada por los elementos estructurales a los que aludíamos anteriormente.



sectores, que en muchos casos no sólo no han cuestionado su posición social, sino que han venido a reforzarla (Comas d'Argemir 1995). Esta realidad explica el hecho de que estas mujeres trabajadoras se incorporen a la producción *extradoméstica*, ingresando en determinados sectores, poco cualificados y mal retribuidos como los de la economía informal, que facilita el cumplimiento de sus obligaciones familiares.

La presencia femenina mayoritaria en la economía informal es una de las consecuencias últimas de cuanto venimos afirmando. Nos situamos así en uno de los fenómenos que mejor definen nuestro caso de estudio, y una de las razones por la que elegimos su análisis.

Un caso de producción doméstica: la elaboración de mantones de Manila en Andalucía

La elección de un proceso de trabajo como el de las bordadoras de mantones de Manila, nos pareció significativo, en la medida que nos permitía analizar en profundidad un proceso productivo específico como es *la producción doméstica* (Aguilar Criado 1995). Por ello el estudio que hemos realizado sobre un caso concreto, puede resultar representativo para otros tipos de actividades que forman parte de este mismo modelo de organización de la producción. Nuestro caso además, nos permitía insertar nuestro análisis en un marco teórico más amplio: la articulación entre la producción doméstica y el modo de producción capitalista y, más específicamente, profundizar en las formas concretas en las que se está dando esta articulación en algunas zonas del mundo rural andaluz. En nuestro caso, el bordado de mantones pertenece a un proceso de producción plenamente actual, que como tal, se desarrolla dentro de la misma lógica capitalista que toda nuestra economía, aunque con la importante especificidad de estar organizado en forma sumergida. Además, se trata de una actividad que hunde sus raíces en la producción artesanal rural de un sector concreto: el textil, donde históricamente se produjeron los primeros cambios desde el taller artesanal a la manufactura (Goody 1982, Berg 1987).

Tal tipología de producción, basada en la producción doméstica de los campesinos no desapareció con la expansión del modelo fabril que se generalizaría tras la revolución industrial. Los talleres siguieron produciendo enseres que por su propia naturaleza necesitaban de un proceso de trabajo manual, y por tanto difícil de desarrollar dentro de los estrictos parámetros de la producción mecanizada y en serie. Absorbió así, toda la producción artesanal, que siguió subsistiendo junto a las grandes concentraciones fabriles, tanto en los núcleos urbanos como en los rurales. Este sistema económico tendió a especializar zonas enteras en la producción de determinadas



Encarnación Aguilar Criado

artesanías, que serían canalizadas y distribuidas desde los centros urbanos hacia mercados interregionales, cuando no internacionales, sirviéndose de una mano de obra, con pocas posibilidades de empleo en esas zonas rurales, una fuerza de trabajo poco cualificada para otras actividades, pero sí suficientemente socializada para una producción, como la que estudiamos, considerada femenina.

Este modelo de organización que fue característico de la *era de la protoindustrialización* (Mendels 1972, Medick 1981) ha pervivido en determinadas áreas europeas, en la India (Mies 1982), Latinoamérica (Waterbury 1989) y en zonas de África, potenciado por un marco socioeconómico concreto, en el que la construcción ideológica del género ha sido uno de los factores fundamentales en su organización que, en el caso que analizamos, se concretaron en su forma de producción tradicional en: sistema de trabajo en talleres, feminización de la tarea, y relaciones laborales regidas por valores de reciprocidades familiares y vecinales, utilizados desde la lógica empresarial, para conseguir una mayor eficiencia y rentabilidad de la producción.

El carácter tradicional de su producción junto a su pervivencia actual, nos parecieron fundamentales para interesarnos por el estudio de una actividad a través de la cual podíamos analizar una lógica productiva que había permanecido casi inalterable en nuestro país desde principios de siglo y que, tras los cambios económicos globales iniciados desde los años 60, ha comenzado a desajustarse y a presentar formas de organización nuevas, en las que actualmente se desarrolla.

Estamos ante una industria que se desarrolló desde sus orígenes en la comarca andaluza del Aljarafe sevillano. Área densamente poblada, compuesta por 28 municipios de carácter básicamente agrícola, con predominio de pequeños y medianos agricultores. Su proximidad con la ciudad de Sevilla ha constituido un factor fundamental en la configuración de la estructura socioeconómica de esta comarca, determinando el desarrollo de algunas actividades del sector servicios y trabajo industrial. A estas bases económicas tradicionales vino a sumarse el fenómeno de *la nueva agricultura*,⁴ auspiciado por su proximidad con la zona de marisma de Huelva, donde se ha llevado

⁴ Este proceso ha modificado de forma revolucionaria las tradicionales relaciones entre tierra, trabajo y capital en la producción agraria, propiciando la introducción de cultivos nuevos, incluso en zonas no aptas para la agricultura tradicional. La altas inversiones de capitales que este tipo de producción necesita han afectado a la estructura de la propiedad de la tierra, dando entrada a numerosas empresas nacionales o extranjeras, que controlan la producción de las pequeñas explotaciones familiares tradicionales de la zona. El fenómeno tiene consecuencias evidentes en la movilización económica de muchas de estas zonas, antes excedentarias de mano de obra, hoy necesitadas de grandes aportes de la misma, lo que explica la incorporación masiva, no sólo de mujeres, sino de emigración magrebí. Al tratarse de una agricultura muy productiva y altamente competitiva, ha creado en su torno una diversificación de sectores económicos. Sobre el tema existe una amplia bibliografía, entre la que destacamos: Aguilar Criado y otros (1991 y 2001), Cruces Roldán (1994), Gómez Benito y González (1997).



a cabo, a partir de los años 80, un proceso de desecación y de implantación de grandes zonas de cultivos bajo plásticos que ha dinamizado el mercado de trabajo de la zona, posibilitando la entrada en el mismo de la excedente mano de obra femenina en los nuevos cultivos de la fresa, el espárrago o el melocotón, entre otros. Tal medida económica, que coincidió con la implantación en 1984 del *subsidio de desempleo agrícola*⁵ ha modificado la estructura de trabajo de la zona y ha sido una de las razones que más han influido recientemente en el descenso de otras actividades tradicionalmente femeninas, como es el caso de la que estudiamos.

El mantón de Manila es una pieza de tela cuadrada, en su origen de seda natural, conocida popularmente como *manila*, que actualmente ha sido sustituida por el crespón. Sobre la tela se borda con hilos de seda, natural, en su origen, y hoy artificiales. La forma es siempre cuadrada, y los tamaños son medidas estandarizadas, que oscilan desde 180x180 cms, los grandes, a 80x80 cms, los pequeños. Los colores de la tela son variados, los clásicos han sido el negro y el marfil, posteriormente ha ido introduciéndose toda una gama de colores obedeciendo a las distintas modas, y hoy se encuentran en el mercado mantones de los más diversos tonos (Aguilar Criado 1999). Originariamente los mantones se importaban desde China a través de Manila, de ahí el nombre de esta prenda que llegó a ser muy popular a partir del siglo XIX. El paso del tiempo relegó su uso a prenda de adorno, convirtiéndose en una pieza de artesanía muy apreciada en el mercado nacional, por lo complicado de su ejecución y su vistosidad.

La actividad del bordado de mantones comenzó alrededor de los años 30 del presente siglo, cuando dos conocidos industriales iniciaron la fabricación y comercialización de los conocidos mantones de Manila en Sevilla. Desde entonces se convirtió en una actividad laboral en la que se especializaron las mujeres de numerosos pueblos cercanos a la capital, bien de familias jornaleras, bien de pequeños propietarios, que alternaban sus trabajos en el campo con el de bordado de mantones, lo que suponía un complemento importante para las rentas familiares (Aguilar Criado 1998).

La fabricación de los mantones se realizaba en los distintos talleres de la zona estudiada, que vivieron su época de esplendor hasta los años 60, momento en el que empezaron a decaer, como consecuencia de los cambios que se producen en la estructura económica del país, que imposibilitan mantener actividades artesanales basadas en unos bajos salarios de las

⁵ Este tipo de prestación social se introdujo en el sector agrario español en 1984, y supone la percepción de un subsidio de desempleo de duración anual para el trabajador que realice un mínimo de 60 jornadas de trabajo (peonadas). A partir de esas fechas la legislación ha ido modificando las condiciones necesarias para que los trabajadores agrícolas alcancen tal cobertura. La medida es fundamental para entender las decrecientes movilizaciones jornaleras en Andalucía, y, desde luego ha propiciado la aparición de *una cultura del subsidio*, para rescatar también nuevas formas de *caciquismo local*.



Encarnación Aguilar Criado

trabajadoras. Por otro lado, la aparición de nuevas ofertas de trabajo en el mercado laboral de muchos de estos pueblos, ofreciendo mejoras en las condiciones salariales de estas mujeres determinará el abandono paulatino de su dedicación al bordado. Hoy, es una actividad en decadencia en la comarca, comparada con la efervescencia de la primera parte del siglo. En muchos pueblos ha desaparecido completamente; en otros se mantiene de forma marginal, y sólo en dos de ellos (Carrión de los Céspedes y Villamanrique de la Condesa), constituye todavía una actividad importante. Las razones hay que encontrarlas bien en las pocas alternativas que el mercado laboral de estos pueblos ofrece a las mujeres, bien en los nuevos canales de comercialización que los mantones están encontrando desde mediados de la década de los 80, a la que nos referiremos más adelante.

Elementos estructurales del proceso productivo

Iniciar el estudio de este tipo de actividad requiere en primer lugar la distinción entre lo que significa bordar, como actividad característica del proceso de socialización femenino, y lo que es un trabajo cuantificable en términos monetarios, por tanto, con una rentabilidad dentro de la economía global de los grupos domésticos. Bordar, desde este punto de vista, es una labor asociada a determinadas destrezas femeninas, que sólo se convierte en una actividad económicamente representativa, esto es, en un empleo, cuando se torna en una mercancía intercambiable por dinero, a la que se acude por necesidades económicas. De ahí que, independientemente de que muchas mujeres de estos pueblos sepan bordar, las bordadoras pertenecerán a grupos domésticos de pequeños propietarios agrícolas y trabajadores sin tierra. Son mujeres que convierten una cuidada actividad femenina en una forma eficaz de aportar dinero a la casa, en un trabajo que se engloba dentro de las varias estrategias desplegadas por los distintos integrantes de estos grupos domésticos.

Las constricciones económicas de estos grupos domésticos a los que pertenecen las bordadoras conforman el primer elemento estructural para analizar la organización de este proceso productivo. Esta *posición de clase* por sí sola no explica toda la complejidad del mismo, entre otras cosas, porque es inservible a la hora de abordar una de sus características fundamentales: el hecho de ser un trabajo realizado exclusivamente por las mujeres de esos grupos.

Se hace preciso acudir a otro elemento central en la organización de este proceso de trabajo, un elemento igualmente estructural: *el género*, tal y como ha sido definido con anterioridad. La inserción laboral se realiza – como no podía ser de otra forma – en relación a este condicionante social,



orientando de forma selectiva la incorporación de hombres y mujeres en unos procesos de trabajo y no otros.

La variable de la *edad* introduce una matización a la de género, pues las oscilaciones cíclicas de la producción de mantones determinarán una distinta conformación de ofertas en el mercado de trabajo local, que influirá a niveles ideológicos en una distinta actitud hacia el trabajo y la percepción del mismo por parte de estas mujeres. De forma general consideramos que tanto la disponibilidad como la valoración hacia el trabajo varían ostensiblemente de un período generacional.

La estructura del grupo doméstico y la posición de las mujeres dentro del mismo serán otras dos variables dependientes de la de género, en la medida que el peso ideológico del papel femenino dentro de su grupo, la consideración de la esfera doméstica como propia y las obligaciones que ello les determina, influirá en el ciclo de dedicación al bordado. En el primer caso, con respecto a las etapas de expansión o desintegración en la que se halle el grupo familiar, lo que dará una distinta composición, número de miembros y edades de los mismos. En el segundo, porque los sucesivos roles femeninos dentro de cada grupo suponen distintas responsabilidades dependientes de sus posiciones como hijas, esposas o madres.

Estructura del proceso de producción

La característica fundamental de este proceso productivo es su organización en *putting-out-system*. Esto es acudiendo a un modelo que fue propio de la época de la protoindustrialización, y que ahora, bajo otro contexto productivo, se adapta en sus aspectos formales con la funcionalidad de abaratar los costos de fabricación. Tal modelo organizativo resulta especialmente idóneo en artesanías como las que nos ocupa caracterizadas por altos costos de la materia prima y mínimos requerimientos tecnológicos, tal y como sucede en las producciones de la industria textil especializada (encajes, tapices y bordados).⁶

El proceso de producción del mantón se caracteriza por su descentralización y por una *división funcional* del proceso de trabajo, entendiendo por tal la especialización técnica de cada uno de los trabajadores en una fase concreta del proceso total.⁷ La lógica de esta organización se fundamenta en

⁶ Littlefield (1979) señala que la relación existente entre el nivel de requerimientos de capital en materias primas y tecnología explica la organización del proceso de trabajo artesanal en sus distintos tipos: los pequeños talleres son característicos de producciones que demandan baja inversión de capitales en materia prima y tecnología; mientras que el *putting-out-system* y el trabajo a domicilio aparecen ligados a la carestía de la materia prima y una tecnología simple.

⁷ La división funcional, tal y como la caracterizó Marx, es un subtipo de la división horizontal del trabajo, en la medida que cada fase del mismo es interdependiente de la otra, distinta al tipo de división vertical, en la que el artesano realiza el proceso completo (cf. Goody 1982: 6).



Encarnación Aguilar Criado

ser un proceso productivo que diversifica técnicas y responsabilidades concretas en cada una de sus partes integrantes, que además se hallan separadas físicamente entre sí. Se consigue así de un lado, una racionalidad productiva marcada por la alta cualificación de cada trabajador en una de sus etapas concretas, y de otro lado, la eficacia del proceso productivo en su totalidad. El resultado no puede ser otro que el de una actividad donde cada etapa está vinculada casi en exclusiva a la técnica y/o la función de la persona que la realiza, por ejemplo: el dibujo y el bordado en la maestra, y la bordadora respectivamente, o la función del control del trabajo directo en la primera, mientras que la más importante, la de la producción en su globalidad y el mercado descansan en el comerciante. Esta relación entre técnica, función y participantes es tan efectiva que provoca un hecho aún mucho más significativo en cuanto a la racionalidad en la que descansa este proceso productivo. Nos referimos a la interdependencia de cada parte con la otra, que determina una vinculación directa entre cada trabajadora con cada proceso técnico en concreto, lo que induce a la intervención, necesariamente complementaria, de la siguiente etapa, persona, técnica o función concreta, para que la producción se ejecute en su conjunto.

Las relaciones productivas que se desarrollan a partir de este esquema son igualmente significativas, pues el éxito del modelo se basa en la utilización de las redes familiares y/o vecinales con la finalidad de optimizar la producción, y ello porque, al aparecer éstas funcionalmente como relaciones laborales, contribuyen a la organización normativa de un proceso de trabajo que utiliza la metáfora de *familia* y *vecindad* para justificar su jerarquización interna, la distribución de las tareas, y unas relaciones basadas en valores como la fidelidad o la reciprocidad. Se crea así una vinculación laboral que no está construida sobre la misma base de las relaciones contractuales características de otros sectores económicos más capitalizados. La inexistencia de un contrato formal entre trabajadores y comerciantes, o entre las mismas trabajadoras (maestras y bordadoras) implica la utilización de códigos culturales como: “*la palabra*”, “*el honor*”, “*el buen nombre*” y “*la responsabilidad*” de cada una, una normativa igualmente eficaz tanto para regir este proceso productivo como para repartir y delimitar funciones.

Partiendo de esta estructura básica, el modelo ha evolucionado desde la época de los talleres a la actual, de *trabajo a domicilio*. Analicemos en su conjunto, primero, *el modelo tradicional de producción* para establecer su dinámica sucesiva. Un modelo cuya estructura, en esencia, queda esquematizada en la figura 1.

Este modelo de organización fue el básico en la estructura de los talleres. Su rigidez sólo fue posible por la existencia de un efectivo monopolio por parte de los comerciantes de materias primas y de mercado. Lógicamente el cierre de aquellos centros de producción, propició el desarrollo de nuevos modelos.



Trabajo e Ideología de Género

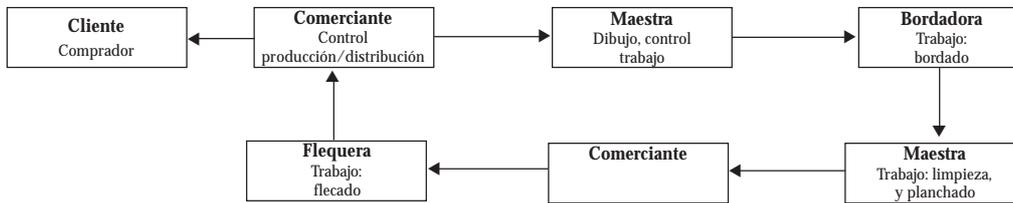


FIGURA 1 - Proceso de producción tradicional de mantones.

Estas modificaciones recientes se han ajustado en los estrechos límites que este tipo de organización productiva ha permitido. Los cambios de esta estructura tradicional, se han ido introduciendo durante la década de los 80, y han venido marcados por la pérdida del monopolio sobre la materia prima y los canales de distribución, que hasta entonces ejercían los comerciantes tradicionales, lo que posibilitará a bordadoras y a maestras acceder directamente a la compra de la materia prima del mantón: la tela de seda o crespón, y los hilos, elementos que pueden adquirir en cualquier comercio especializado de la ciudad.

Esta circunstancia ha modificado la estructura de producción original y propiciado la aparición de un tipo de *maestras-comerciantes* que trabajan exclusivamente para clientes particulares, a la vez que ha hecho surgir un caso de *maestra-empresaria*, lo que va a suponer una innovación sustancial del modelo tradicional, pues en esta nueva figura se aúna por primera vez dos fases de la producción anteriormente separadas: la de control del trabajo y del proceso de producción completo, al encargarse también de la comercialización. Es verdad que es un tipo producción que requiere la asunción de un riesgo empresarial, que muchas maestras tradicionales no pueden o no quieren contraer. Las mentalidad de las nuevas maestras, sin embargo, las ha llevado a asegurar su trabajo mediante la venta directa de mantones a clientes particulares y/o a los nuevos intermediarios, en general hombres, que les hacen encargos periódicos para conocidas firmas comerciales. La introducción de esta última modalidad está provocando cambios importantes en el sistema tradicional de elaboración, pues supone una indudable competencia para los comerciantes tradicionales, lo que ha determinado la nueva orientación del mercado de trabajo de los mantones, como más adelante comentaremos.

El esquema de esta nueva forma de producción se refleja en la figura 2.

Los dos tipos de elaboración hasta aquí descritas suponen variantes a un proceso de producción, que en todos los casos mantiene un carácter estructural fundamental: la de ser al tiempo descentralizado e interdependiente, donde cada parte controla cada uno de los pasos que conforman el proceso total. Un control descendente jerárquicamente desde empresarios hasta bordadoras y cuya ruptura se permite, de forma coyuntural, siempre



Encarnación Aguilar Criado

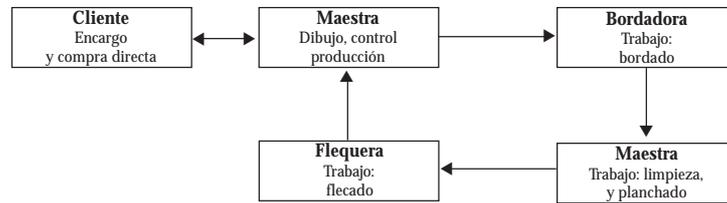


FIGURA 2 - Nuevo proceso de producción de mantones.

que cada parte respete la organización del conjunto. Un control, donde factores sociales e ideológicos van a adquirir funcionalidad económica, como a continuación vamos a tratar de demostrar.

El taller como unidad de producción y aprendizaje

El taller, como escenario original de la fabricación de mantones, cumplía dos funciones: ser centro de producción y de aprendizaje del oficio. Mayoritariamente surgieron alrededor de los años 30 y eran propiedad de las maestras. Mujeres, pertenecientes a los estratos medios del pueblo, que, en su mayoría, habían aprendido, desde pequeñas, la técnica del *bordado en blanco* y se dedicaban en su casa a la confección de los ajuares tradicionales del hogar. Eran mujeres bien relacionadas en el pueblo, y fuera de él, característica necesaria tanto para conseguir el encargo de los trabajos de los comerciantes en Sevilla, como para captar bordadoras en el pueblo.

En cada uno de los pueblos estudiados coexistieron varios talleres, en un número oscilante entre cuatro y seis. A ellos llegaban las bordadoras con ocho o diez años, edad en la que la mayoría dejaba el colegio, “porque hacía falta en casa”. La mayoría sabía bordar de forma rudimentaria viendo a las madres, hermanas mayores o amigas: pero el proceso de aprendizaje institucionalizado corría de parte de las maestras. De esta forma, en cada taller, junto a las bordadoras ya consagradas, había un número fluctuante de pequeñas aprendizas a las que la maestra iba enseñando las distintas técnicas sobre un bastidor pequeño, redondo, popularmente conocido como de *tambor*.

La maestra controlaba estrechamente este período de aprendizaje. Se trataba pues de una fase en la que las jóvenes iban a ir ejercitando unas destrezas que son socialmente consideradas como femeninas, cuando en realidad son el resultado de un lento proceso de adiestramiento en el que se aprenderán y desarrollarán las principales cualidades de una buena bordadora: “agilidad de manos”, “delicadeza” o “paciencia” (Elson y Pearson 1981).

Los mantones se realizaban en grupo. Esta forma colectiva de trabajar tenía la función de incrementar la productividad, pues existía una especie de





competencia amistosa entre ellas, por el que las más lentas intentaban alcanzar a las más rápidas. La utilización de estos valores no estrictamente mercantiles, tales como los de amistad, compañerismo o fidelidad era uno de los principios fundamentales en la organización del trabajo de los talleres, en definitiva, actuaban con la misma precisión que los modernos mecanismos de control, pero descansando sobre otros parámetros de organización no contractuales.⁸

El taller reproducía el modo de vida femenino, trasladándolo desde el hogar al escenario productivo, que adquiría características de una pequeña familia, con cuya misma estructura jerárquica se identificaba y, en este sentido, los roles característicos de la organización doméstica adquirían nuevas funcionalidades económicas, que se reflejaban en las relaciones laborales. El papel de la maestra era el de asumir funciones de tutelaje sobre aprendizas y bordadoras característicos de las madres, y lo hacía, la mayor parte de las veces, a instancia de éstas mismas, que eran quienes llevaban a las hijas al taller. Esta socialización, en la cual se iniciaba la niña desde los 12 o 13 años, reforzaba los roles sociales atribuidos a su condición de mujer, tanto dentro de la organización familiar tradicional, como de la estructura productiva en su conjunto.

Tales funciones, basadas en la jerarquía familiar, actuaban de forma eficaz a la hora de reforzar la responsabilidad-autoridad necesarias para el adecuado control del trabajo. Este tipo de relaciones propias de la organización de los talleres se ha mantenido en las actuales formas de producción, y ha tendido a organizar unas relaciones laborales caracterizadas por la ausencia de conflictos y por la falta de espíritu y capacidad reivindicativa, tanto de las bordadoras hacia sus maestras como de éstas hacia las empresas comercializadoras.

Este mismo valor de la fidelidad, basado en la confianza y en unas relaciones de paternalismo ha sido característico entre maestras y fabricantes. Cada maestra ha venido trabajando siempre para el mismo, cambiar a otro que pagase mejor se considera “una especie de traición” y para ello se alude a unas relaciones de toda una vida, tejidas de mutuos favores.

Es verdad que estas relaciones de favor entre los diferentes agentes del proceso productivo se rompen cuando las posibilidades de rentabilizar el trabajo han llevado a las bordadoras a realizar mantones para las nuevas maestras. Este fenómeno, cada día más frecuente, ha roto la capacidad de control de las maestras tradicionales sobre la productividad de sus bordadoras. Imposibilitadas para elevar sus salarios, pues tal decisión corresponde a los fabricantes, se encuentran actualmente en la tesitura de perder poco a

⁸ H. Gintis (1983: 190) señala como la empresa capitalista genera una doble producción de valor: la mercancía y la ideología de los trabajadores, en forma de conciencia, que permita la reproducción de las condiciones de producción.



Encarnación Aguilar Criado

poco, si no a sus bordadoras, sí su ritmo de producción, ya que estas se deciden por alternar el trabajo para las maestras de siempre con aquél que ahora pueden realizar para otras que lo pagan mejor. La realidad es que estas maestras cuentan cada día con más problemas para cubrir los pedidos de sus fabricantes.

Este tipo de relaciones eran fundamentales igualmente a la hora de fijar los salarios de cada bordadora. La maestra los asignaba en relación a la destreza de cada una y a la complejidad del mantón que estuvieran realizando. Se pagaba a trabajo terminado, pero las necesidades económicas de las bordadoras hacían que la mayoría de ellas prefirieran cobrar *a jornal diario* y, a veces, por adelantado, lo que creaba compromisos entre maestra y bordadora. Tales relaciones de favores y fidelidades actuaban de forma eficaz a la hora de fijar cada bordadora a su maestra, pues la competencia entre los distintos talleres de cada pueblo actuaba de forma útil, y las perspectivas de ganar más en otro eran un elemento utilizable frente a la maestra a la hora de negociar el precio de su mantón.

Las estrategias domésticas y las estrategias empresariales

Es evidente que la complicación de un proceso de trabajo, donde la intervención de diversas trabajadoras e intermediarias encarece el producto final, sólo es rentable para el comerciante pagando a coste muy bajo la mano de obra, cosa que sólo es posible manteniendo este tipo de producción dentro de la economía sumergida y en forma de trabajo a domicilio. Los ingresos del bordado son en la actualidad insuficientes para hacer frente a la subsistencia del grupo, como lo son, en la mayoría de los casos, los restantes del grupo contemplados individualmente. Su existencia asegura una cierta continuidad económica, un especie de *fondo permanente* al que acudir en épocas de necesidad, y en esta característica descansa su funcionalidad para muchas de estas economías domésticas que se mueven con dificultad en los límites mismos de la subsistencia. De cualquier forma, independientemente de cual sea el aporte económico real del bordado, ya sea incluso superior o igual que cualquiera de los restantes ingresos, constituye siempre una actividad que ideológicamente es concebida como “una ayuda a la familia”, algo que se percibe como un complemento al trabajo del marido, que se considera el principal de la casa.

Bordar constituye una actividad a la que se le dedica lo que se concibe como “el tiempo sobrante”, tanto con respecto al trabajo doméstico, dentro del hogar familiar, como de los períodos de inactividad en relación a otras posibles demandas del mercado laboral. Estos dos condicionantes han regulado el ciclo de producción de los mantones, sobre todo desde el cierre



de los talleres, y por otro lado han permitido un control eficiente de la producción por parte de los empresarios, que evitó superproducción en épocas de menores demandas. Tradicionalmente, se abandonaba o se ralentizaba su ejecución durante las épocas del verdeo de la aceituna, en la década de los 60 durante el período de trabajo en las fábricas de aderezo de aceituna; actualmente, durante las faenas de recogida de cultivos característicos de la “nueva agricultura”: fresas, melocotón y espárragos.

El mantón es pues una actividad con una funcionalidad dentro de la estrategia doméstica, un trabajo permanente al que las mujeres pueden acudir siempre que les sea necesario. “*Coger un mantón*” será una decisión que estará condicionada por factores en los que se entrecruzan los de tipo económico: necesidades de subsistencia del grupo doméstico de la bordadora, los referidos al tamaño y composición del mismo y los de tipo ideológico relacionados con las valoraciones sobre la coyunturalidad del trabajo de la mujer. Estos dos últimos factores potenciarán el que muchas bordadoras abandonen la actividad en la época de crianza de los hijos, para retomarla una vez terminado este período. Es evidente que la prioridad económica condicionará los dos segundos factores. De ahí que los ritmos de producción de la bordadora estén en relación con la disponibilidad de su tiempo libre, otras actividades que económicamente les sean más rentables, o a sus necesidades y sus obligaciones domésticas.

La regla de este sistema de producción es la flexibilidad de los plazos de entrega, que los comerciantes se veían obligados a admitir con el fin de mantener los menguados salarios que las bordadoras reciben una vez terminado el trabajo sobre el mantón. Por esta razón resulta casi imposible medir el tiempo total de elaboración de un mantón de Manila, calcular cuántos mantones pueden realizar, ni por ende saber el dinero que anualmente se gana con esta actividad. Estas cifras variarán en relación a la productividad de cada bordadora.

El ajuste de ambas estrategias, la doméstica y la empresarial, tendió a fijar una estructura que caracterizó este sistema de producción hasta tiempos recientes. Ambas formas de producción conviven actualmente, y las posibilidades de elección que ha ocasionado la pérdida del monopolio de los fabricantes tradicionales ha diversificado el tipo de bordadoras, así como el desarrollo de una nueva estrategia por parte de las mismas en cuanto a la rentabilidad de su trabajo. En primer lugar, se sigue trabajando para la maestra tradicional, pidiéndole sólo aquellos mantones “*que más convienen*”, criterio en el que cada una realiza *un cálculo económico* entre las dificultades de elaboración, el tamaño del mismo y la cantidad de dinero que va a recibir; alternando mayoritariamente estos trabajos con los que de las *nuevas maestras*. Esta opción en exclusiva es ya la más representativa como veíamos en la actualidad y previsiblemente seguirá creciendo. La tercera combinación



Encarnación Aguilar Criado

posible es compatibilizar los mantones de ambos tipos de maestras, decisión en la que, junto a la realidad indiscutible que con las nuevas se gana mucho más, pesa los factores ideológicos fomentados por la intensidad de relaciones mantenidas entre estas mujeres, valores que evidentemente pesan menos en la generación joven.

Las perspectivas futuras del proceso tradicional de fabricación son escasas. Las viejas maestras encuentran cada día más problemas para captar bordadoras, y todas son conscientes que nadie las continuará cuando lo dejen. Los empresarios, por su parte, han iniciado nuevas vías de fabricación y, desde hace unos años, comercializan mantones realizados en China por mujeres que trabajan en talleres colectivos, siguiendo los diseños que ellos les envían, recreando así el mismo modelo que se dio en España hasta los años 60, y reproduciendo la tradicional estructura, utilizando ahora factores económicos e ideológicos de sociedades en distinta fase de desarrollo al modelo capitalista occidental, algo característico en la actual segmentación internacional de la fuerza de trabajo⁹ y de los procesos de globalización económica (Fröbel 1980, Ong 1991, Watts 1992).

Los *mantones chinos*, como popularmente son ahora conocidos, son cada vez más frecuentes en los comercios sevillanos y, tanto por su menor calidad como por sus bajos costos de producción, son más baratos que los realizados en el Aljarafe. Este último fenómeno es sumamente importante por cuanto nos permite apuntar una vez más la plena incorporación de este proceso de trabajo a un contexto capitalista de producción, donde por cierto, siempre estuvo, incluso en sus formas originales, inmerso en un mercado colonial que igualmente tenía un contexto global (Bueno Castellanos 2000).

Bordar como símbolo de identidad femenina

El trabajo constituye no una mera actividad de las diversas que podemos desarrollar a lo largo de nuestra vida, sino aquella que tiene que ver específicamente con la producción de bienes y con su distribución. Podemos afirmar que el trabajo es una función central de la vida de los individuos. Como hemos visto, implica un proceso organizado de acciones en el que se desarrollan técnicas y energía, normas y relaciones para alcanzar tales objetivos, pero también es el ámbito donde se expresan valores, ideas sobre el trabajo y sobre las relaciones que a partir de él se crean (Gintis 1983).

⁹ Tal proceso, iniciado con el capitalismo comercial, a través de la manufactura, dió paso a una organización de tipo industrial, que a partir de los años 60 inició un periodo de diversificación y separación espacial, a nivel internacional, entre las fases del proceso de producción y control del mismo, que se distribuirán progresivamente, a partir de entonces, entre países de capitalismo central y periférico.



Su ejercicio permanente supone la adquisición no sólo de unos saberes técnicos, sino además de unas actitudes que conforman la vida social de cada individuo, que terminan identificándose, en parte, en relación con la actividad específica que han desarrollado, pues a través de ella, se reconocen y se definen. El trabajo, o más bien, el ejercicio del mismo genera identidad; se convierte así en uno de los elementos fundamentales sobre los que se constituyen las identidades.¹⁰

Este principio general, se manifiesta de forma especial en determinados tipos de trabajo, en aquellos que en su realización comportan procesos técnicos y aprendizajes específicos que suponen el ejercicio de determinadas destrezas, actitudes, comportamientos y relaciones de la naturaleza que aquí hemos planteado. Si además, poseen el carácter de tradición y de permanencia, como la actividad que tratamos, comprenderemos muchas de las cuestiones que a continuación vamos a analizar.

Bordar para las mujeres de estos pueblos del Aljarafe, sobre todo para la generación de las mayores, forma parte de su memoria histórica. Es lo que han hecho y saben hacer desde pequeñas. De ahí que todas recuerden orgullosas cuando empezaron en los talleres de las maestras de sus pueblos, rememoren su proceso de aprendizaje, la edad en que realizaron su primer mantón y llevaron el primer dinero a casa, los ratos de diversión y bromas que compartían con sus compañeras de trabajo. Muestran orgullosas algún mantón que bordaron tiempo atrás o enseñan, para admiración general, el que están haciendo en esos momentos. Hablar sobre su trabajo las lleva a reconstruir su propia vida, y en gran parte su juventud, de ahí que se recurra con frecuencia a un cierto tono nostálgico. Su evocación idealizada les permite también olvidar muchas de las condiciones en las que objetivamente se desarrollaba por entonces esa actividad, algo que sólo pueden compartir con las otras mujeres de su generación.

Pero, al mismo tiempo, se quejan de su situación, y surge así, una realidad aparentemente contradictoria. De un lado, sus protestas permanentes de “que este trabajo no está pagado con nada” refiriéndose a una realidad objetiva, pues muchas han dejado su juventud y su salud frente al bastidor para ganar tan poco. Señalan los distintos males físicos que esos años de trabajo les han ocasionado en la vista, en la espalda, en las manos. Se quejan de que no están convenientemente pagadas, que se han pasando demasiadas horas frente al mantón “para no ganar apenas nada”.

Esa es la invariable sucesión en que ambos sentimientos se expresan: su quejas siempre seguidas de su manifiesto orgullo de *ser bordadoras*, con todo lo que este hecho significa: ser conocedoras y compartir con otras

¹⁰ Moreno Navarro (1991) considera que los otros elementos que estructuran la identidad de los individuos son, el género y la clase social. Otros autores añaden además el de la edad (cf. Feixa Pampols 1996).



Encarnación Aguilar Criado

mujeres del pueblo un arte y una creatividad únicos, que les lleva a afirmar que bordar les gusta más que cualquiera de las otras actividades que han realizado, porque ha formado parte de su vida, de su historia, y de su identidad como mujeres del pueblo; porque bordar para ellas ha supuesto la creación de todo un espacio y un tiempo que les pertenecía, un momento en que, cubiertas las otras obligaciones “propias de las mujeres”, les hacía sentarse frente al mantón, relajarse y aislarse de los problemas diarios, realizar algo que sólo ellas sabían hacer, que habían aprendido y que podían transmitir a sus hijas, que las hacía sentirse útil, valoradas a nivel del pueblo como arquetipo de la mujer trabajadora tradicional.

Son estas mujeres las que se consideran *bordadoras*, término que encierra la posesión de una cualidad, que según estos parámetros de identidad, no poseen todas las mujeres que bordan en el pueblo, ni siquiera puede ser aplicado a todas las que cogen un mantón. Son este tipo de mujeres las que repiten insistentemente que, a pesar de todo, “bordar les gusta con delirio”.

Bordar permitía a estas mujeres reconstruir esa imagen tradicional del carácter femenino, cumplidoras con sus funciones dentro de su grupo. Ser admiradas y apreciadas socialmente por los hombres en cuanto a su valor como mujeres laboriosas, necesitadas de trabajar, y por tanto, capaces de aportar dinero a su familia. Y además, hacerlo en un trabajo que no les suponía salir del espacio doméstico, todo lo más ir a un taller, cuya concepción y funcionamiento era percibido como una prolongación del mismo. Bordar, pues, vinculaba ideológicamente a la mujer con su hogar, un espacio que, sólo de forma coyuntural, era abandonado para realizar otras actividades ajenas al mismo.

Es claro, pues, que en esta ambivalente actitud de aprecio y rechazo de estas bordadoras hacia su trabajo, no existe contradicción alguna, pues ambos sentimientos van dirigidos a dos niveles distintos: a la profesión el primero, a sus condiciones laborales, el otro. Es sólo a este segundo aspecto de su trabajo, adonde van encaminadas las protestas de las bordadoras, cuando aluden al desfase entre lo que ellas reciben y los precios finales con que se venden los mantones. Unos precios que están regidos por las leyes de un mercado, que además, aseguran, nunca pueden medir todo el trabajo, el cuidado y el mimo que ponen durante su realización; y la creatividad, de lo que ellas consideran una “pequeña obra de arte”.

Estos son los elementos sobre los que se crea una ideología sobre el trabajo, una “cultura del trabajo”,¹¹ propia de esa generación específica, que

¹¹ El concepto de “cultura del trabajo” hace referencia al conjunto de hábitos, comportamiento y saberes característicos de determinadas ocupaciones. Ver: Comas d’Argemir (1990) y Aguilar Criado y otros (1991 y 2001). Para I. Moreno Navarro (1991) este concepto es más amplio, definido por este autor como “culturas del trabajo”, considera el trabajo como modelador de identidades sociales que trascendiendo al mero marco laboral, impregna la vida social de los individuos y se manifiesta en todas las esferas sociales.



en absoluto comparten las jóvenes bordadoras de esta comarca, educadas según otros parámetros culturales, entre los que no entra esa valoración del espacio doméstico como ámbito estrictamente femenino, y que, de hecho, aspiran a trabajar fuera del mismo. Están más acostumbradas a relacionarse en la calle con otras jóvenes, con niveles de educación superiores a los de sus mayores, y la posibilidad de acceder a otro tipo de trabajos. Se trata de una nueva generación que responde a una idea distinta sobre la relación de la mujer con el mundo laboral, una generación que valora las posibilidades de independencia y de sociabilidad que el realizar una actividad extradoméstica les aporta, y que por lo tanto no percibe ya la casa como el espacio femenino por excelencia.

Este cambio de actitud, responde a la reciente elaboración ideológica sobre el papel de la mujer en el mundo laboral, ya comentada. Un cambio también socioeconómico que ha potenciado la construcción del nuevo modelo de mujer, en el que el paradigma femenino de ama de casa ha sido sustituido por el de mujer trabajadora fuera del hogar. Un modelo basado en una aún mayor desvalorización social del estatus del ama de casa, opuesto a una nueva imagen de “mujer trabajadora”, apreciada por su capacidad de ser al mismo tiempo buena profesional, esposa y madre. Este discurso actualmente dominante ha sido asumido por las jóvenes de la clase obrera, pertenecientes a unos estratos, que, de todas formas, habrían tenido que trabajar siempre o temporalmente. Favoreciendo, finalmente, la expansión de la idea del trabajo fuera de la casa como modelo a seguir, independientemente de la precariedad laboral en que se desarrolle.

Esta nueva generación sólo percibe la baja rentabilidad económica de esta actividad en comparación con el esfuerzo físico que supone, de ahí sus quejas cuando comprueban qué poco les cunde un trabajo, que necesita de mucha más paciencia y dedicación de la que está dispuesta a mantener. Y, por ello, hablan con mayor actitud reivindicativa que sus madres de las condiciones laborales. Los valores sociales vinculados a las relaciones laborales son poco relevantes para ellas. Son jóvenes a las que, definitivamente, no les gusta bordar, que cuando tiene que hacerlo, lo hacen con menos interés que sus madres; entre otras cosas porque desconocen muchas de las técnicas características “de las buenas bordadoras”.

Es cierto que en algunos de estos pueblos se seguirá bordando en tanto las expectativas económicas y también las culturales mantengan la disponibilidad de estas mujeres hacia esta actividad, como también lo es que sean las mismas bordadoras las que aspiran para sus hijas un futuro mejor que el suyo, una vida, de la que por un lado se sienten orgullosas pero cuyas condiciones laborales no quieren reproducir. Es otra forma de expresar esa ambivalencia afectiva hacia lo que ha sido su profesión y lo que han conseguido con ella.



Encarnación Aguilar Criado

Conclusiones

La dinámica del proceso doméstico de producción de artesanía hasta aquí analizado nos lleva a rechazar el carácter tradicional con que se suele definir este tipo de producción. En nuestro caso concreto, sólo entendemos por ello, el hecho de su permanencia en el tiempo, y desde luego el que lo haya hecho manteniendo sus características técnicas, en realidad, porque condicionan su misma organización productiva. Lo demás han sido cambios y adaptaciones a los modelos económicos dominantes.

Hemos señalado que los factores económicos e ideológicos rigen el proceso productivo que hemos ido desglosando. Su acción interdependiente, y por tanto un análisis que los correlacione, es el que nos ha permitido explicar la permanencia y también los cambios de la producción de mantones de Manila en estos pueblos andaluces.

Una producción que originó bajo la lógica del capitalismo mercantil colonial, se incorporó a la realidad económica y social de una España de capitalismo incipiente a principios de siglo, y se desarrolló a partir de los años 60 en el contexto de la intensificación económica del país. Se adaptó a su lógica, sumergiéndose totalmente su proceso. Cuando las nuevas condiciones de acumulación capitalista han fragmentado e internacionalizado la organización del trabajo, separando las etapas de producción y de control de la misma más allá de las fronteras nacionales, nos encontramos ante una nueva fórmula bajo la que se está desarrollando actualmente una parte de la producción de los mantones.

Las características técnicas de este proceso de trabajo se sustentan sobre la ideología del género, y han generado una identidad laboral específica. No tratamos de expresar que esta identidad con el trabajo tenga una vida separada con respecto a los condicionantes económicos, porque éstos fueron, no lo olvidemos, los que actuaron y incidieron en que estas mujeres se hicieran bordadoras. No creemos en la determinación de la ideología sobre los hechos sociales. Existe una interrelación entre ambos niveles, aunque bajo la jerarquía de las bases materiales. Lo que si creemos es que, una vez que las ideas se elaboran, actúan de forma autónoma. Y en concreto, hacen posible que mediante la existencia de los valores que esta actividad ha generado, a través de la construcción de este trabajo como signo de identidad femenina, se sigan aceptando sus condiciones laborales y manteniendo en consecuencia la producción.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR CRIADO, E., R. MARTINEZ, R. SATUÉ, y M. BARRAGÁN, 1991, "Las Culturas del Trabajo de las Mujeres en el Aljarafe Sevillano", *Anuario Etnológico de Andalucía*, Sevilla, Consejería de Cultura/Junta de Andalucía, 81-90.



- , 2001, *Mujeres Trabajadoras en el Mundo Rural Andaluz*, Sevilla, Consejería de Cultura/Junta de Andalucía/Diputación de Sevilla.
- AGUILAR CRIADO, E., 1995, "Los Procesos Productivos Artesanales: Una Aproximación Teórica", *Sociología del Trabajo*, 24, 39-74.
- , 1998, *Las Bordadoras de Mantones de Manila de Sevilla: Trabajo y Género en la Producción Doméstica*, Sevilla, Area de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- , 1999, "Entre la Tradición y la Modernidad: Las Artesanías, una Propuesta de Análisis", Aguilar Criado, E. (org.), *Patrimonio Etnológico: Nuevas Perspectivas de Estudio*, Sevilla, Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico/Fundación Machado, 130-155.
- BERG, Maxine, 1987, *La Era de las Manufacturas, 1700-1820: Una Nueva Historia de la Revolución Industrial Británica*, Barcelona, Ed. Crítica.
- BORDERÍAS, Cristina, 1991, "Proyectos, Estrategias Familiares y Trayectorias Sociales Femeninas", PRAT, J., U. Martínez, J. Contreras, I. Moreno (org.), *Antropología de los Pueblos de España*, Madrid, Taurus, 475-484.
- BUENO CASTELLANOS, Carmen (org.), 2000, *Globalización: Una Cuestión Antropológica*, México, CIESAS.
- CAPLAN, P. (org.), 1987, *The Cultural Construction of Sexuality*, Londres, Tavistock.
- COMAS D'ARGEMIR, Dolors, 1990, *Vides de Donas: Treball, Família i Sociabilitat entre les Dones de Clases Populars a Catalunya (1900-1960)*, Barcelona, Fundació Serveis de Cultura Popular Alta Fulla.
- , 1995, *Trabajo, Género y Cultura: Las Construcciones de Desigualdades entre Hombres y Mujeres*, Barcelona, Ed. Icaria/Institut Català d'Antropologia.
- CRUCES ROLDÁN, Cristina, 1994, *Navaceros, "Nuevos Agricultores" y Viñistas: Las Estrategias Cambiantes de la Agricultura Familiar en Sánlúcar de Barameda*, Sevilla, Ed. Fundación Blas Infantes/Ministerio de Cultura.
- ELSON Diane, y Ruth PEARSON, 1981, "The Subordinations of Women and the New Internationalization of Factory Production", YOUNG, K., C. WOLKOWIZ y R. MCCULLAGH (orgs.), *Of Marriage and the Market*, Londres, CSE, 144-166.
- FEIXA PAMPOLS, Carles, 1996, "Antropología de las Edades", PRAT, Joan, y Angel MÁRTINEZ (orgs.), *Ensayos de Antropología Cultural*, Barcelona, Ariel, 319-331.
- FRÖBEL, F., 1980, *The New International Division of Labor*, Cambridge, Cambridge University Press.
- GINTIS, H., 1983, "La Naturaleza del Intercambio Laboral y la Teoría de la Producción Capitalista", TOHARIA, Luis (org.), *El Mercado de Trabajo: Teorías y Aplicaciones*, Madrid, Alianza, 157-192.
- GÓMEZ BENITO, Cristobal, y Juan J. GONZÁLEZ, 1997 (orgs.), *Agricultura y Sociedad Contemporánea*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas/Ministerio de Agricultura y Pesca.
- GOODY, Esther N., 1982, *From Craft to Industry*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LITTLEFIELD, Alice, 1979, "The Expansion of Capitalist Relations of Production in Mexican Crafts", *Journal of Peasant Studies*, 6 (4), 470-488.
- MEDICK, H., 1981, "The Structures and Function of Population Development under the Proto-Industrial System", KRIEDTE, y otros, *Industrialization Before Industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MENDELS, F., 1972, "Proto-Industrialization: The First Phase of the Industrialization Process", *Journal of Economy & History*, 32 (1).
- MIES, María, 1982, *The Lace Makers of Narsapur*, Londres, Zed Press.
- MORENO NAVARRO, I., 1991, "Identidades y Rituales", en PRAT, J., U. Martínez, J. Contreras, y I. Moreno (orgs.), *Antropología de los Pueblos de España*, Madrid, Taurus, 600-636.
- NAROTZKY, Susana, 1988, *Trabajar en Familia: Mujeres, Hogares y Talleres*, Valencia, Institutió Alfons el Magnànim.
- ONG, Aiwa, 1991, "The Gender and Labor Politics of Modernity", *Annual Review of Anthropology*, 20, 279-309.
- ROSS, E., y R. RAPP, 1984, "Sex and Society: A Research Note from Social History and Anthropology", SNITOW, A., C. STANSELL, y S. THOMPSON (orgs.), *Desire: The Politics of Sexuality*, Londres, Virago.
- STRATHERN, M., 1979, "Una Perspectiva Antropológica", HARRIS, O., y K. YOUNG (orgs.), *Antropología y Feminismo*, Barcelona, Anagrama, 133-152.
- WATERBURY, Ronald, 1989, "Embroidery for Tourist in Mexico", WEINER, Annette B., y J. SCHNEIDER, *Cloth and Human Experience*, Washington y Londres, Smithsonian Institution Press.



Encarnación Aguilar Criado

WATTS, Michael J., 1992, "Capitalism, Crises, and Culture: Note toward a Totality of Fragments", PRED, A., y M. J. WATT (orgs.), *Reworking Modernity: Capitalisms and Symbolic Discontent*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.

Encarnación Aguilar Criado

WORK AND GENDER IDEOLOGY
IN DOMESTIC PRODUCTION

The aim of this paper is to analyze the specific organization of domestic production. It is argued that the ideology of gender, family, and neighborhood networks is a fundamental issue in the organization of this productive process, allowing for an explanation of its efficiency and current dynamism in different social economic contexts, since those social relationships model the economical production relationships. A detailed analysis of the production of rural crafts in Andalusia (Spain) is intended to demonstrate how the domestic organization of this productive process is a core element to understand its functioning and current development in capitalized societies.

Departamento de Antropología Social
- Universidad de Sevilla
eaguilar@cica.es